AÑO II — BUENOS AIRES, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1923 — N.o 86

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Continuidad histórica de la guerra

Para diferenciar los estados de ánimo de la humanidad y la situación especial de los pueblos en sus relaciones políticas y económicas, se emplean dos formas de expresión que no siempre tienen un justo equivalente. Se dice que hay guerra cuando la beligerancia entre dos naciones, o entre dos alianzas fundadas por Estados amigos y enemigos, llega a asumir vastas proporciones de lucha feroz, exterminadora, sin recato para las formas externas de nuestra civilización. Y se considera que la humanidad vive en paz, unida por el lazo fraterno de la solidaridad, cuando los gobiernos firman una tregua y hacen enmudecer las bocas de fuego que anuncian la desolación y la muerte.

Nada más contrario a la realidad. La guerra entre los pueblos y los hombres, es permanente. La paz es apenas una breve tregua en la incesante lucha fratricida, porque en la muerte y el exterminio mutuo encuentran las naciones la "razón biológica" de su existencia. ¿Y cómo puede hablarse de paz, mientras exista el privilegio, las diferencias de clase y de casta, todos esos males históricos que determinan la continuidad de la guerra dentro de las fronteras de las mismas naciones que firman la paz con el enemigo exterior?

El epílogo de la reciente conflagración universal fueron las sucesivas revoluciones estalladas en los países vencidos en lo campos de batalla. La lucha se trasladó al campo económico, la prosiguieron los pueblos contra las castas privilegiadas y dirigentes, por lo que la guerra se puede decir que no ha terminado con el armisticio y la firma del tratado de Versalles. Y en el mismo terreno nacionalista, en el orden internacional de los odios y las ambiciones que dividen a los pueblos, ¿acaso la continuación histórica de la guerra no está bien demostrada con la persistencia de esa lucha diplomática — que permitió disfrazar las verdaderas intenciones a los cultores de la matanza —, mantenida por los que no quedaron conformes con lo que les tocó en el último reparto?

La paz europea es un mito. Las revoluciones que conmovieron al viejo continente en los últimos años, trasladaron la guerra al terreno económico y de la lucha de clases. Pero ahora que la energía popular descendió un tanto y la acción del proletariado no constituye un peligro inmediato para la seguridad del Estado, resurgen de nuevo los pleitos nacionalistas y se asoma en el horizonte social el peligro de una nueva guerra entre naciones.

El litigio mantenido por Inglaterra y Francia alrededor del botín de guerra, el arreglo de la cuestión del Vecino Oriente y el cambio del mapa en la Europa central, no pueden tener una solución permanente. Los nacionalistas turcos fueron los primeros en romper el círculo de hierro en que los había encerrado la diplomacia aliada. Y ahora es Italia la que se empeña en remover las cenizas de la hoguera balcánica recientemente apagada, porque el fascismo no se conforma con una paz que le impide la exteriorización de su violencia fuera de los límites fronterizos del reino italiano. La guerra es el arte por excelencia en los pueblos avezados al robo y la rapiña. Y el fascismo, después de seis años de guerra fuera y dentro de Italia, añorando sus azañas y sus bandolerías a costa del pueblo interno, no puede renunciar a lo que es imprescindible para su existencia: la rapiña, el saqueo y la violencia en las formas más salvajes y brutales.

Teniendo en cuenta los hechos desarrollados desde que se firmó la paz en Versalles hasta esa nueva tentativa guerrera del fascismo, se puede decir lógicamente que la guerra no ha terminado. El tratado de Versalles, impuesto por la espada del vencedor, carece de importancia histórica si se tienen en cuenta los acontecimientos sociales que le precedieron, ya que sus resoluciones no se ajustan al espíritu de la época ni plantean una solución a los problemas del presente y del futuro. ¿Puede esa paz de violencias impuesta a los vencidos, representar una garantía para la Europa convulsionada y agitada por los odios más ciegos y las brutalidades más pretéritas? Hay, en la lucha de esa humanidad envilecida, otros intereses primordiales que los previstos por los hacedores de la paz...

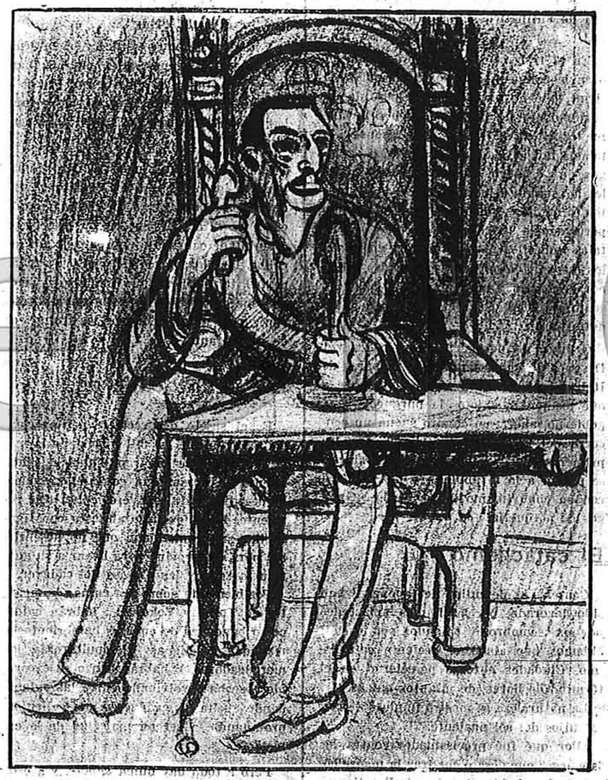
Por eso la última guerra, lejos de operar esa nivelación de clases sociales tan mentada por los que pretendieron ser los cruzados de la civilización y la democracia, ha despertado nuevos odios y formado nuevas castas y privilegios, reduciendo al pueblo laborjoso a una situación aun más miserable que la que sufría en los años de paz armada y de competencias industriales y comerciales que sirvieron de prólogo a la espantosa carnicería. ¿Qué esperanzas, pues, pueden alimentar los pueblos en esa tregua firmada por los profesionales de la matanza y del exterminio?

En otra ocasión, comentando acontecimientos guerreros que se precipitaban en Europa pese a todas las sutilezas diplomáticas, decíamos:

"La paz, tomada como principio para un futuro desenvolvimiento de la humanidad, carece de bases sólidas. El tratado de Versalles sancionó una nueva iniquidad, dió poder a unos Estados en detrimento de otros y glorificó el crimen, la usurpación y la rapiña en nombre de altos ideales de justicia y de progreso. Los pueblos no han ganado ni en libertad ni en bienestar con la derrota de Germania. Los vencedores no garantizan con su fallo el libre desenvolvimiento de los pueblos, ni mucho menos alejan el peligro de nuevas guerras. ¿Qué importa que el "peligro alemán" haya desaparecido, que los tres imperios de la Europa central y oriental se hayan derrumbado con estrépito, que el megalómano Guillermo apure en el destierro el caliz amargo de la derrota y que el mundo lo acuse como reo de un crimen de lesa humanidad? Quedan en pié los imperios y, lo que es aun más desconsolador, renace con nuevos brios el militarismo, y la diplomacia concierta nuevas ligas ofensivas y defensivas amenazando ostensiblemente la paz futura de los pueblos.

"Mirando hacia Versalles, el horizonte social aparece preñado de amenazas. En la sonrisa sarcástica de los políticos, y en la risa fría y ceremoniosa que sigue a todo acto diplomático, se encuentra reconcentrado el odio y la ambición de los que simularon durante casi cinco años un altruismo y un desinterés que no sentían. Las alianzas guerreras fueron concertadas a espaldas del pueblo. Del odio al alemán se hizo cátedra en Inglaterra y Francia, y, a pesar de odiarse cordialmente, los políticos de ambas naciones dieron orígen a la Entente que había de oponerse en forma decisiva al avance de los comerciantes e industriales alemanes en su conquista de los mercados. La guerra, pues, tiene su orígen en la concurrencia comercial de las grandes potencias y fué la culminación del industrialismo que lle-

¿HASTA CUANDO?



—Ola! Bravo Victorio! Dios sea loado! Aun hay sangre en nuestros pueblos y héroes como nosotros entre los príncipes! Por la gloria y por la patria, olé! (Desde su puesto de combate).

vó a Europa a una política a base de cañones y acorazados.

"No se puede decir que la guerra haya terminado. En definitiva, los gobiernos no han hecho otra cosa que establecer una tregua, durante la cual los vencedores se repartirán el botín conquistado y los vencidos repondrán energías para la próxima lucha."

Los hechos nos demostraron que estábamos en lo cierto al pronosticar el estallido de una nueva guerra en Europa. El fascismo es el encargado de seguir, fuera de Italia, la continuidad histórica de la guerra feroz y bestial que determinó su aparición como fenómeno patológico. Una nación empobrecida y aniquilada por su bandolerismo interno, está obligada a buscar en los países vecinos lo necesario para su existencia. Y eso es lo que hace el fascismo en sus incursiones en el Adriático y lo que pretende Mussolini con su provocación a Grecia.

Nos encontramos, pues, en el principio del mismo callejón sin salida. ¿Qué hará el proletariado para transponer la cerrada salida de ese callejón?

NOTAS

"El banditismo" en Rusia

Es muy posible que haya algo de cierto en eso del "banditismo" que se les atribuye a los anarquistas de Rusia. Muchos atentados a las instituciones bolcheviquis y a los agentes del nuevo gobierno podrían haber ocurrido desde que se estableció allí el Estado bolcheviqui; y se Jjustificarían plenamente todos esos atentados como se justifica un atentado anarquista en cualquier otra parte del mundo.

Estamos seguros que a eso que el gobierno ruso ha dado en llamar banditismo no es otra cosa que el "bandolerismo" que padecen otros Estados; la Argentina, por ejemplo. Por eso Trotzky procede con los *bandidos* de Rusia como procedió Varela con los *bandoleros* de Santa Cruz.

¿Qué de extraño tendría, pues, que bajo los talones de los verdugos moscovitas estallaran bombas como la de la calle Fitz Roy?

Lo verdaderamente extraño es que todavía la dinamita no haya dado cuenta de tan repelentes tiranos. Y es así que el "banditismo" anarquista todavía no ha hecho su aparición bajo la égida del gobierno *proletario*, a pesar de la Tcheka y a pesar de Cronstadt.

Lo cual indica que los nuevos Czares — como que han tenido oportunidad de conocer a todos los "bandidos" — les han ganado el tirón encarcelando, fusilando, deportando a Siberia o masacrando a todos los que ofrecieron un peligro real para su vida de verdugos. Cosa que no supieron hacer aquí los gobernantes radicales. En eso también — nos apresuramos a reconocerlo — son más prácticos que todos los gobiernos del mundo los bolcheviquis. Para ellos el movimiento anarquista es un problema de horcas y carabinas. Las ideas se suprimen a balazos y las cabezas que piensan son las que deben ser levantadas en la cuerda. El banditismo allá, como acá, es gubernativo.

Gringos de porquería

Hay que hacer la salvedad de que para el sueltista son gringos de porquería todos los italianos pobres, que ademas de serlo tienen la desgracia de ser patrioteros, fascistas, imbéciles, en una palabra.

Esos gringos de porquería se han multiplicado ahora con motivo de la incursión mussoliniana por las islas del mar Egeo. ¡En este lado del Océano había habido más porquería de la que suponíamos!

En efecto: los gringos de porquería han surgido en estos días, como surgen de la tierra los hongos después de la lluvia. Con la diferencia de que todo lo simpáticos que son los blancos hijos de la noche, son de antipáticos estos hijos de Mussolini.

En el tranvía, en el café, en el taller o en la calle — hasta los de la cuadrilla firme, que no pueden con el peso de los remiendos y los piojos — se oye la misma cantilena patriotera, nos asquea la misma imbecilidad nacionalista; los gringos de porquería se han insolentado, se les ha subido a lo más *alto* el chauvinismo y no hay quien les aguante sus impertinencias "tricolores". Lo peor es que tales imbéciles nos toman por griegos a los que no toleramos sus guasadas y que por el contrario nos permitimos calificar como se merece la foralería de ese hato de farabutis.

Gringos de porquería ¡quién los vé! Después de haber tenido que disparar de Italia arrojados de allá por el hambre a que los tenían sujetos la burguesía y el gobierno, ahora, en cuanto suena un cencerro del chauvinismo italiano, son los primeros que — rotosos y piojosos aun — se plegan a la farabutada y nos aturden con su chauvinismo de acordeón. ¡Gringos de porquería!

El cataclismo

Centenares de miles de japoneses han sido devorados por las llamas, aplastados por los escombros o tragados por los mil abismos que abrió el reciente cataclismo. Ciudades enteras perecieron en el término de horas, de minutos quizás.

La naturaleza se mostró implacable con los hijos del sol naciente.

¿Por qué precisamente contra los japoneses que desató sus iras la madre común? ¿Los habitantes de aquellas tierras habían olvidado a la naturaleza?

Pero no; no le atribuyamos a la naturaleza nuestros propios defectos; la maravillosa y magnífica creadora de todo cuanto existe no es egoísta, no puede serlo, como somos sus hijos; sus inteligentes hijos, que a pesar de nuestra inteligencia nos enfureçemos y matamos a quien no nos quiere

Y entonces ¿por qué ha sido a los japoneses a quienes castigara con tan tremendo cataclismo?

Ah, nuestra inteligencia no es tan profunda que llegue a profundizar los ciegos designios de la naturaleza. Nuestras pretensiones han llegado más lejos, seguramente, que nuestra inteligencia y hemos creído comprender hasta los más oscuros secretos de la creación. Pero la verdad es que ciertas manifestaciones de la naturaleza, como la presente, nos dejan en las tinieblas; nos demuestran cuán pequeños somos frente a la inconmensurable grandeza y magnificencia de lo "increado".

Lo inaguantable

El 14 del corriente medirán el poder de sus trompazos un bruto de la tribu yanqui con un idem de "Sout América". Firpo y Dempsey, ante una verdadera nube de imbéciles espectadores, se disputarán a coces el campeonato mundial de la brutalidad.

¿Cuál de esas dos bestias saldrá triunfante del "ring"? Esto es lo que nada nos interesa; pues no somos admiradores del bruto, ni patrioteros ni tilingos, ni siquiera hemos de apostar un centavo al más formidable trompazo.

En cambio nos alegraríamos que ganara Dempsey. ¡Palabra! Si fuésemos creyentes haríamos votos porque la bestia de "Sout America" saliese derrotada y desvisagrada del "ring".

Y nuestro deseo se explica y se justifica plenamente. Porque ¿quién podrá aguantar a esta turba de patrioteros brutos y tilingos, si su bestia favorita logra tumbar de un trompazo definitivo a su contendiente?

Habrá llegado entonces el caso de taponarse los oídos con dos corchos y vendarse los ojos para no oír tanta burrada como se dirá, para no ver a esa turba desorbitada cabriolar y macaquear por las calles, las plazas, los tranvías y en todas partes, tal si fuera una invasión de monos que han venido desde la selva a exteriorizar su admiración por los trompazos de un elefante...

Los merodeadores

Es el sujeto despreciable por excelencia. Ninguna de las mil formas de la mala vida se hace tan repudiable al sentimiento de humanidad como el merodeo. El despojador de cadáveres es un tipo repelente. Es el quebrantahuesos con figura humana; una hiena que no desentierra para comer, sino para llevar a su guarida la ropa y las alhajas del cadáver.

Posiblemente sobre las ruinas humeantes de Tokio y Yokohama habrán caído, como bandadas de cuervos hambrientos o manadas de hienas desepultureras, los merodeadores. Y habrán hecho su execrable cosecha revolviendo entre las ruinas, dando vuelta los cadáveres aun calientes, profanando la serena majestad de la catástrofe.

Pero a todo hay quien *supere*, y a esos repelentes sujetos que *trabajan* únicamente cuando la muerte abate a sus semejantes en masa, les dan bola vista los políticos de la última lechigada: los "comunistas" locales.

Estos merodeadores organizados en partido de gobierno, aconsejan a la comisariocracia rusa que salte sobre las ruinas del Japón y se apodere de la Isla de Shakalin arrojando de allí a los japoneess.

Este es el merodeo en vasta escala hecho, para que mejor resalte, en nombre del proletariado. Porque el *proletariado* ruso, según esto, ya no se conforma con el producto de los trabajadores; necesita también del merodeo y debe revolver las ruinas humeantes del Japón y meterse una isla en la faltriquera...

La armonía social

Demasiado interesada y demasiado nerviosa es la vida que hoy se contempla.

Una filosofía fatal para la humanidad impera: "Con el oro se hace todo; se manda y se corrompe. Quien más tiene, más goza".

Y en verdad, en la práctica, quien más tiene más gasta sus nervios con la sed insana de emociones siempre más fuertes. Para apagar esa sed con el dinero, el hombre embrolla y roba; pero en vano, que el dinero, *enemigo de la paz*, no sacia ni satisface.

He aquí por qué un tormento continuo no nos dá tregua, he aquí por qué estamos perdidos en un mar de perfidia y de egoísmo.

Todo se procura convertirlo en dinero, hasta el más noble de los sentimientos: el amor.

La mujer, perla sublime de la creación, es también una mercancía cualquiera! Las cárceles, los manicomios, los hospitales abundan de delincuencia y de plagas. La llama viviente se apaga, no ya por falta de combustible, sino por falta de higiene y de buena voluntad.

La muerte natural es caso raro. Se muere de enfermedad, con sufrimientos inauditos, víctimas de la usura, del alcohol, del prostibulo.

¿Por qué soportamos vilmente semejante estado de cosas?

Hemos perdido la llave del bién, y, por lo tanto, el lecho antes de tiempo es ataúd.

Nosotros soñamos el progreso y hasta creemos haberlo alcanzado con el vapor, con la electricidad, con el dominio del espacio.

¡Qué quimera!

No puede haber progreso mientras la pobreza habita en húmedos tugurios, en boardillas malsanas y la riqueza, al contrario, en palacios principescos, en villas suntuosas, en medio del aire salubre.

No puede haber progreso mientras la pobreza enferma por el hambre y las fatigas; mientras la riqueza revienta en la saciedad de los placeres, entre los ocios dichosos.

Fuente de desdicha es precisamente el desnivel económico. El que tiene, teme perder. El que no tiene, peca de guía. Con el oro está el ladrón, con el avaro el asesino.

La riqueza y la pobreza son funestas consecuencias de la ignorancia humana querida por la maldad de los poderosos.

El pobre se embrutece en el abandono, el rico en la avaricia.

El avaro no tiene corazón, no conoce estrecheces; es causa primera de la ruina social. Cuando muere, abandona el cofre y es maldecido.

La riqueza es el manto de Satanás. Satanás es el avaro.

La sociedad presente es miserable! cambia oro con honor, se pavonea en el lujo y el oropel, se roe a sí misma en la cólera y los celos.

Y no para ahí! combate la esclavitud y vende la prostituta, ama la vida y bebe el veneno, gana en ciencia y pierde en salud.

¿Hasta cuándo tanta absurdidad?

No podemos ser felices en medio de la desventura, y para que sea feliz el individuo es necesario que lo sea todo el consorcio.

Nosotros fuimos creados para el amor, el trabajo y la libertad.

Amor, trabajo, libertad, he ahí los tres factores máximos de la armonía social.

Es sobre la armonía natural (libre acuerdo) que se rigen las pequeñas así como las grandes familias y se guía la conciencia humana hacia horizontes más amplios, más elevados, más brillantes.

Pero una furia de odio y de venganza ¡ay! les parece a los nuestros que castigará a la sociedad perdida en el sacrilegio y en la blasfemia de todos los más humanos sentimientos.

Oro y estafa son pernos de la vida mísera. Se corre hacia la perdición del espíritu en ocasos de sangre.

Y bien, quien tenga atrevimiento y fuego en las venas que se una a nosotros para extirpar, en nombre de la Anarquía, en lo profundo de la conciencia, la raíz primera del odio y de la maldad.

En vano un ciego furor persigue al que ama la vida y sueña con la paz.

El martirio es gloria de la idea que no muere.

Nunca nos batiremos en retirada en la santas luchas por un ideal de humana perfección, por una *sociedad sin mentiras;* fuertes siempre, aun cuando el espectro de la miseria y del abandono cayese sobre nosotros a sofocar la vida.

Una esperanza de victoria sobre opuestas tendencias arde en el corazón y nos mantiene en la lucha con poderosa reserva de fuerza y de pensamiento: por nada debemos dudar de un radioso avenir.

Cual faro de salvación, una luz pura y brillante esplende en el valle de Caín; es una fe, eterna como el sol, sublime como la aurora; el hombre corrompido huye y se abisma; el bueno todo lo vence y supera.

Arrancado el egoísmo, la soberbia, la manía del mando y de la autoridad, el sentimiento tendrá dominio sobre el mundo bruto. Pero para llegar a una sociedad nueva basada en el trabajo y la bondad, es necesario *"arrancar el corazón de piedra de la carne y dar un corazón nuevo al hombre"*.

Haced razonables a los hombres: he aquí lo que es preciso hacer enseguida para construir duradera en los siglos, una ciudad riente en la paz y en el trabajo.

Y entonces, según el programa de la Anarquía: *"hacer nacer en el ánimo de los hombres el sentimiento de rebelión contra los males injustos e inevitables de que se sufre en la sociedad presente y hacer comprender cuáles son las causas de estos males y cómo depende de la voluntad humana el eliminarlos"*, ¿no es, acaso, el más noble de los intentos?

Un ideal semejante no es utopía en cuanto se afirma en la evolución misma de la sociedad y se fortifica por un deseo cada vez más sentido de una sociedad mejor.

Triunfo de la Anarquía en todas partes!

No más lucro a base de embrolla, no más fortunas en manos de personas ineptas para el trabajo: he ahí la llave del progreso futuro.

El egoísta puede creer que sin un provecho personal el hombre cae en el ocio y en el vicio. Sospechar esto equivale a no comprender que el trabajo es siempre determinado por una necesidad. No es posible el ocio en el mundo, porque el hombre está lleno de necesidades naturales.

Jamás se desvanecerá el significado de la vida una vez persuadidos de que únicamente en el *trabajo concorde de todos* reside el secreto primero de la felicidad común.

De tal modo, por una ley de variedad y de belleza que domina todas las cosas del mundo, cada arte, cada industria, cada ciencia tendrá sus cultores, sus genios. Habrá armonía entre las gentes y el Bien reinará soberano en los campos del Trabajo.

Pablo CIPRIANI

Los hombres son los únicos ratones que se tienen por felices cuando sirven de juguete a los gatos; el único cordero que baila de alegría al ver que le acometen coléricos el tigre y el león; la única alondra que entona un himno cuando la tiene presa la garra del águila.

Victor HUGO

NOTICIAS

EL NIÑO EN EL ARTE

Según Leandro Vaillat, las estatuas, bajorrelieves, vasos y pinturas de la antigüedad greco-romana, representan ante todo al niño en sus aspectos de alegría o travesura. Así, en el Museo de los Oficios, se ve un niño jugando con un pato, y a Hércules mamón ahogando serpientes con vigor de Hércules de feria. En Pompeya, el niño que lleva alas postizas en sus hombros, se divierte, ríe con sus hermanos y compañeros, y tiene todas las complacencias y todas las curiosidades propias de su edad.

En la Edad Media se repite la misma nota: en Florencia como en Venecia, en Flandes y en España, en Francia y en Inglaterra, en cuadros o en estatuas o bajorrelieves, los niños, con su carne nacarada, azotada por lirios y rosas, con sus cabezas enormes, sus frentes abombadas, sus manecitas regordetas, sus redondeces encantadoras, son los hijos del Amor, y descienden de los geniecillos alados de Pompeya.

El Cristianismo enseñó a mirar al niño, no como un pillete revolcándose en las plazuelas, sino como una criatura pensativa, soñadora, sentada en las rodillas de la madre, y apartándose apenas de su seno para coger una flor; vió en el niño Jesús, consagrado al sufrimiento y a la muerte, el símbolo del niño destinado a vivir, adivinando vagamente la vida en la mirada maternal llena de inquieta solicitud.

Poco a poco, la idea artística del niño se modifica. Ya los maestros flamencos, holandeses y venecianos habían roto la jerarquía de la edad y del parentesco: chiquillas rubias con trajes de brocado asisten a festines espléndidos en los cuadros del Veronés, y rollizos mocetones beben y juguetean en las fiestas que Jordaens organiza; no los envían a la cama y son pequeños burgueses, como el Manneken Pis, de Bruselas. La escuela inglesa del siglo XVIII emancipa completamente al niño, y aunque le conserva la carnación fresca y transparente, con la candidez de los ojos azules, hace de él un inglés semejante a las demás figuras de Reynolds, de Gainsborough, de Hoppner, de Laurence, cuyo nombre se retiene como el de los grandes capitanes del siglo.

Rousseau los puso de moda, y los niños de Chardin, ocupados en sus juegos gravemente, tienen la intimidad tranquila y recogida de los interiores de Pieter de Hooch; y en los cuadros picarescos de Fragonard y esquisitos de Greuze se encuentra la gracia soñadora de Reynolds y de Gainsborough, sin la antigua rigidez.

En cuanto a la época moderna, "el artista, dice Vaillat, se consagra a fijar ese algo fugitivo, la mirada, engrandeciéndola, haciendo pasar nubes de sueño, poesía y emoción sobre ese espejo que todavía no ha sido empañado, y viendo en el niño la morbidez en lugar de la animación. Dehodencq, Ricard, Henner, Hebert y Carriere han buscado, en efecto, esa morbidez, que es, si se quiere, romanticismo o gracia lánguida, y que recuerda el año 30 o el fin del siglo XVIII, o las ansiedades de Botticelli, pero con más profundidad y quizá con menos medida.

REPRESIÓN DE LA MENDICIDAD EN EL SIGLO XVIII

La mendicidad ha sido siempre reprimida por las leyes; pero antes se la reprimía más duramente que en nuestros días. Según los *Archives d'Antropologie criminelle*, en Francia se decretó, en 1544, que los vagabundos y los ociosos fueran azotados públicamente. En Inglaterra, en 1530, el rey Enrique VIII ordenó que se les cortara lo alto de la oreja derecha, azotándolos previamente hasta que brotara la sangre; la *buena* Isabel dispuso después que los mendigos de más de 18 años fueran condenados a muerte, y Eduardo VI, en 1547, ordenó que fueran reducidos a esclavitud. En los Países Bajos los individuos válidos que se dedicaban a la mendicidad, eran conducidos a galeras, y en España, Carlos V y su hijo Felipe VII, dispusieron, en 1560 últimamente, que los vagabundos mendicantes fueran condenados, por primera vez, a ser apaleados y a cuatro años de galeras; por segunda, a ocho años de galeras, y por tercera a cien palos y a galera perpétua.

Nada, sin embargo, fué bastante para acabar con la mendicidad. Y la habrá hasta tanto el trabajo, explotado inicuamente en provecho de unos pocos, sea como un castigo, que envilece, degenera y mata de hambre a los que lo ejecutan.

—Sí, amigo, se necesita una mano de hierro...

—Ciertamente; la libertad degenera en las masas...

—...que oriente al pueblo hacia la riqueza y la libertad.

—Hacia la riqueza sí. La libertad es una ilusión.

—Digo la libertad bien entendida; la libertad limitada, relativa, reglamentada. Porque la libertad en el pueblo es como esas piedras que transforman a los arroyos en hilos de agua, impotentes, y que la tierra absorbe. Un poder central firme y fuerte...

—Es decir, la dictadura...

—Eso es, la dictadura, al contrario, es el cauce grandioso que une y transforma a millares de hilos de agua en un torrente.

—Torrente que avasalla los obstáculos, los arrastra, tritura y disuelve, que inunda el valle y reina soberano marchando impetuoso a su destino.

—El destino brillante de los pueblos fuertes...

—que trabajan, obedecen y producen.

—Esta es la realidad inmediata. Contra las letales ilusiones liberales y democráticas, se hiergue un hecho formidable: la FUERZA.

—La FUERZA. Ella en manos de un iluminado, de un apóstol, de una especie de nuevo Cristo científico, hará más por la Humanidad, por la libertad real...

—Es decir, la libertad posible...

—...que todas las vacuas e inútiles charlatanerías libertarias.

He aquí lo que exige el estado actual del mundo: Una cabeza fuerte en un cuerpo obediente, disciplinado y que piense al unísono y sobre todo que trabaje diez, catorce horas si es preciso, para la reconstrucción.

—¡Sí! Un hombre grande, una cabeza potente...

—Eso es, un Lenín...

—¿Eh? ¿un Lenín? ¿un puerco, un vendido? Caballero, está en un error. Lenín no es el Hombre. El Hombre, ¡el único gran Hombre es Mussolini!

—¿Mussolini? ¿dice Mussolini? Ese asesino, liberticida, tirano? ¿Ese canalla Mussolini?

(Los dos se miran con la boca abierta por la sorpresa, y mientras piensan: "nublese jurado que era un correligionario", se lanzan el último argumento:)

—¡Imbecil

—¡Cretino!

Literatura-Arte-Ciencia

CHARLES COTTET

Ante las obras de Carlos Cottet se olvida uno que está en un Museo, no piensa más en la pintura ni en el pintor. Se penetra de lleno en el tema, se experimenta la sencilla y profunda emoción de los seres humildes y valientes que lo han inspirado.

Este es el más hermoso elogio que se puede hacer de la obra y del artista, y ello demuestra el valor comunicativo del pensamiento. No solamente nos coloca en la realidad, sino que nos hace entrar en la atmósfera de los sentimientos que origina. No sólo se dirige a nuestros ojos, a nuestro espíritu, a nuestra reflexión, sino que abre también la puerta a las secretas regiones del alma, de los recónditos santuarios del pensamiento y de la emoción. Es ciertamente una obra pictórica, pues el efecto no es obtenido por ningún artifice extraño al arte del pintor. La fuerza de sugestión se debe exclusivamente a leales medios de pintor verdadero; y es por el carácter de la composición, la gravedad de las armonías, la austera sencillez de la ejecución, el vigoroso acento de verdad local y de verdad moral y por la imponente unidad de todos los elementos constitutivos del cuadro; que obran sobre nuestra imaginación. Pero, ante todo, es una obra general y humana, una obra hecha para todos y que puede ser comprendida por todos.

Tal es en verdad su principal originalidad y lo que explica esa atracción a la cual no escapa nadie. No halaga solamente a nuestra sensibilidad orgánica o a nuestra curiosidad intelectual, va más allá. El tríptico *"En el país del mar* (1) en el conjunto de la obra del artista ocupa un lugar aparte y cualquiera que haya sido la progresión del talento de Cottet desde el año 1898 en que fué exhibida, sigue resumiendo, más que cualquier otra de sus telas, la excepcional naturaleza de su temperamento de artista. Por lo demás, resumía todo su esfuerzo de diez años atrás, desde el día mismo que afrontaba las grandes exhibiciones públicas.

En efecto, su primer Salón data de 1889, y desde él se ve formar, desarrollar y proseguir hasta hoy esta gran serie bretona a la cual está tan profundamente ligado. Más que toda otra cosa, ella proveerá sus más profundas y personales inspiraciones. El primer efecto se produjo por la ocasión fortuita de un viaje a la Bretaña que hizo el año anterior, uno de esos viajes de curioso, ávido de conocer país y, más que todo, de ver el mar. Cottet se impresionó inmediatamente por lo patético de esas existencias primitivas, tan alejadas de cuanto concebimos en la vida moderna, pegadas a esas costas tan salvajes y tan románticas, podríamos decir, por lo recortadas, escarpadas y desmenuzadas en siluetas abruptas y pintorescas. Cottet quedó encantado con esa naturaleza extraña, lejana y melancólica que realiza bien el terruño pobre y rocalloso sobre el cual debían nacer esos seres infantiles, primitivos y tristes, y ofrecer ese aspecto grandiosamente sencillo que conviene a los gestos de sus humildes y heróicas aventuras. Sintió una secreta y misteriosa correspondencia entre esa naturaleza y el fondo propio de su pensamiento. Bretaña fué su país de elección. Al principio, duda, tantea, busca, estudia, trata de insinuarse en las singularidades de la raza y de penetrar los caracteres del país mismo; y, como si los descubriese sucesivamente, separa uno por uno los elementos expresivos. Pronto llega a determinar los tipos individuales y no tarda en encontrar para el paisaje su fórmula tan simple, tan fuerte y tan elocuente y, puede agregarse, tan inesperada, que hace fortuna! Sus *Salidas para la pesca*, sus *Crepúsculos* en el Camaret y, en particular, sus *Rayos de la tarde* en el pequeño puerto de pescadores, con su iglesia baja que veremos aparecer tan a menudo en el horizonte de sus composiciones marinas, pusieron tan espontáneamente a Cottet en pública evidencia, que este último cuadro fué adquirido por el Museo del Luxemburgo (Salón de 1893) y que a raíz de ello, se vió aparecer — signo de suprema popularidad — todo un pululamiento de marinas bretonas con las mismas ingeniosas disposiciones de barcas y los mismos grandes efectos vibrantes y solemnes de nubes cobrizas.

En esa hora en la cual se encarnizaba en las sutilezas del análisis, él se afirmaba ya un amplio espíritu de síntesis y, en la monotonía gris y blanquecina de la visión general, agotada por el abuso de los rebuscamientos luminosos y atmosféricos, como consecuencia del impresionismo y de la "escuela del aire libre", contrastaba con algunas figuras aisladas, por el tono particularmente subido de sus cuadros. Su pintura proclamaba altamente la belleza soberana del negro, en esa hora en que era universalmente desterrado de la paleta.

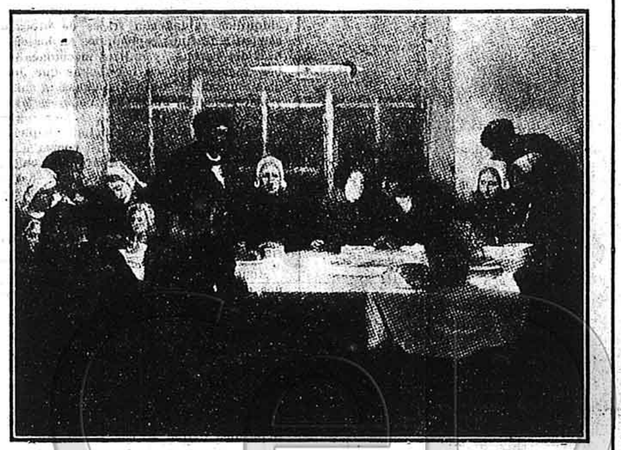
Mientras Luciano Simon iba a fijar los sobrevivientes étnicos, los tipos locales y los caracteres profesionales de los pescadores de la costa bretona, con los inolvidables toques de su visión objetiva, tan serlamente clarovidente y su amplia y sólida manera de fresquista nervioso y febril, Cottet, más subjetivo, más impresionante, buscaba sobre todo sensaciones más generales, deteniéndose principalmente en los fondos de humanidad primitiva, puesta a descubierto en esos seres ingenuos, con el fin de traducir los movimientos más simples y más espontáneos de los sentimientos humanos y de encontrar en ellos las repercusiones, por así decirlo, de sus propios pensamientos íntimos.

Leoncio BENEDITINE

(1) *En el Museo Nacional de B. A. existe una reproducción de este cuadro.*

Pueden verse también en el Museo sus otras telas: Pont en Royant *de vigorosa sobriedad,* La iglesia incendiada *llena de emoción y* Dos viejos bretones, *de concienzudo análisis. Está expuesta también un aguafuerte admirable desde todo punto de vista.*

(*Concluirá*)



COTTET — En el país del mar (tríptico) La cena de despedida (parte central)

COTTET — En el país del mar — Dolor.

EXPOSICIONES

—Antonio Pedone. — *La exposición* realizada por este pintor en los Salones del Wicomb reunía la labor de varios años. Desde sus primeros envíos al Salón Nacional sus cuadros se destacaron por la serenidad de los propósitos perseguidos y por cierta amplitud de visión, no amanorada casi nunca por el análisis minucioso de la técnica divisionista empleada, al contrario, ella lo ha llevado a una depuración de elementos y hacia una percepción finísima del color modulados reflexivamente con los puntos coloreados que caracteriza a los divisionistas. El progreso realizado es evidente. El objetivismo un tanto frío de las primeras obras se ha ido enriqueciendo con estados de alma; poco a poco la emoción ha ido vivificando el rudo y paciente esfuerzo material y a medida que el artista se va enseñoreando de su medio de expresión, un aleteo amoroso envuelve a sus paisajes y una suave poesía le presta la atmósfera sentimental en la cual las lejanías azules de las sierras de Córdoba, imprecisas como un ensueño, como el ideal inalcanzable, sonríen en contacto con la voluntad constructiva viril del artista.

Si la luz y el color son la preocupación constante del pintor que hay en Antonio Pedone, el artista que hay en él ama a su vez a los instantes profundamente poéticos de la naturaleza. No es un lírico fogoso, un apasionado de los contrastes violentos. El amor de Pedone es contemplativo y reposado: su alma vuelca pacientemente, punto sobre punto, sobre la tela, el eco de las emociones recibidas. El último rayo de sol, el crepúsculo melancólico, el claro de luna romántico, hacen cantar toda su gama de grises y sus cuadros son armoniosos como la vibración prolongada de un acorde.

Pedone es, me dicen, joven. Vive en el campo. Sus telas acusan un carácter decidido, con un camino claramente trazado. Si persiste en un trabajo honrado y en el amor concienzudo de su arte, es indudable que Pedone llegará a ser un notable paisajista. Tiene el sentido del color y de la Naturaleza que se requiere para ello.

* * *

—Gastón Balande.— He aquí — en el Costa — una serie de cuadros que antes de que sepamos lo que significan, nos alegran los ojos y el espíritu con sus frescas y espontáneas harmonías. Se dirían flores dispuestas al acaso y formando acordes imprevistos, agradables y sonrientes.

Un sentimiento de salud, una visión de naturaleza plena, vibrante, inundada de luz y de vida, ajena completamente a las mezquindades del hombre, a nuestras miserables preocupaciones, a nuestras sórdidas tragedias cotidianas. Una visión del mundo, no objetiva — esa interpretación estrecha, banal y estúpida de la naturaleza — sino la aparición inesperada, radiante, del universo ante nuestros ojos maravillados. No misticismo, no magnificación romántica, sino un panteísmo primitivo, robusto, inconsciente — un vivir hermanado con el árbol, con la piedra, con el río, ignorante de los problemas que oculta el infinito.

Cuando nos acercamos vemos concretarse formas; barcos, velas y hombres viven la misma vida plena. No hay para ese artista sordidez en nada, porque Balande, con dos o tres principios eternos de composición, con su espíritu libertado de todas las porquerías literarias que han infectado a la pintura, no contempla al hombre en las cosas, ni a las cosas del hombre, sino a la vida, a ese espectáculo maravilloso y tremendo que es la vida, y que puede llevar no sé a qué extraordinario y potente misticismo épico, capaz de hacer estallar el cráneo — si fueran capaces de percibirlo — a todos los místicos crepusculares, a todos los contemplativos, profundos como sótanos y como éstos llenos de moho, hongos y telarañas. Concepto que balbucea como una aurora en el caos de la producción artística contemporánea, una especie de primitivismo consciente, esa alegría diáfana, pura, espontánea, libre, que fué a buscar Zaratustra en la montaña.

El pintor francés Balande es una expresión intuitiva de ese nuevo espíritu. Su obra es interesante y digna de amarse.

* * *

—Pons Arnau.— En el Wicomb expuso una numerosa cantidad de cuadros. Es un notable ejemplo de habilidad superficial, que críticos y profanos confunden con el arte. Es un colorista sin color verdadero y un pintor de audacia de receta. Todos esos problemas ya han sido resueltos técnicamente por maestros modernos. Pero un problema pictórico, no asciende a categoría de arte sin acento personal, es decir, sin una visión interior. La obra de Arnau es superficial y hueca; fáltale amor por las cosas y por su arte, como lo prueba con evidencia la pintura siempre presente. Parecería estar en presencia de un distinguido saltimbanqui de salón. Estos hatalidosos son los verdaderos malos pintores, pues desorientan con apariencias de verdad.

Retórica, pura retórica.

* * *

—Otro pintor cuyo nombre no recuerdo expuso en el Costa una serie de cuadros "para verse a distancia", decía el catálogo. El arte de ese señor consiste en poner una enorme cantidad de pintura en sus telas — de las cuales prefiero no hablar por haber carecido de la distancia necesaria, seguramente, que pedía el autor para verlas. Esperamos que otra vez las exponga en el frente del último piso de un rascacielo.

ZERO.

Entre el turbión de pasiones y de ansias, de angustias y de quimeras que agitan a la Humanidad, en esta hora solemne, surge bellamente plástico y armoniosamente gallardo, el pensamiento Anarquista, levantando un mundo donde la libertad y el amor es el matiz preponderante de la vida nueva.

BALIDOS DEL CRISCIANISMO

Extraemos de "La Impostura Religiosa", el nuevo libro de Sebastián Faure, las páginas que siguen; ellas ilustrarán a nuestros lectores sobre el sentido y la importancia que el autor ha dado a su notable obra:

He encontrado, entre la multitud de los que creen, algunos corazones sensibles y compasivos que se inmovilizan en la confianza y el respeto admirativo que les inspiran ciertos preceptos, cuya paternidad se acostumbra equivocadamente a atribuir al cristianismo. Continuamente citan, entre otros preceptos de moral y de conducta, los dos siguientes:

"No hagas a otro lo que no quieras para ti" y "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

Estos cándidos dicen que, si estos preceptos fueran observados, no habría ni miseria ni servidumbre y que así reinarían el bienestar y la libertad. Deducen que el remedio a los males que denuncian, como nosotros, se encuentra en la vuelta a la moral cristiana y a la doctrina de la Iglesia.

Dispenso al lector de los largos desarrollos con que intentan hacer prevalecer sus concepciones. En substancia, afirman que, sobre el terreno económico, el patrón que se conformase al primero de estos preceptos, no explotaría a sus obreros, puesto que él no querría ser explotado tampoco; y que, si observase el segundo de estos preceptos, trataría a sus obreros como a sí mismo, velaría para que no faltasen de nada y fuesen, como él mismo, previstos de todo lo útil a la existencia de su familia, a la educación de sus hijos, al bienestar de su hogar; que, en una palabra, les tratarían como iguales, asociados o hermanos y que así se encontraría realizada como por encanto esta primera parte del programa: "el bienestar".

Añaden que en el dominio político, si los amos, es decir, los gobernantes, se inspirasen del primer precepto, no abusarían jamás de su autoridad, porque ellos mismos no quisieran ser víctimas de un tal abuso y que, si pusiesen en práctica el segundo precepto, si amasen a los gobernados como a sí mismos, tendrían el sentido profundo del respeto que deben a la libertad de los demás, puesto que estarían tan obligados a esa libertad como a la propia, que siendo la ley igual para todos e idénticamente aplicable, toda injusticia desaparecería, todo abuso de poder sería suprimido, toda arbitrariedad evitada y que así se encontraría realizada como por encanto la segunda parte del programa: "la libertad".

Estas buenas gentes terminan por creer que para destruir la miseria y la servidumbre y para realizar la aplicación de este espléndido ideal de "Bienestar y Libertad" no es necesaria la revolución ni la transformación social, que no son las situaciones, ni las instituciones, ni las clases, las que hay que destruir, sino sencillamente volver a los hombres justos y fraternales por la moral y la doctrina de la Iglesia cristiana.

Esta concepción supone una increíble candidez, una ignorancia lamentable o una maligna mala fe y está más extendida de lo que se cree, por lo que hay interés en discutirla.

Debo señalar primero, a la ligera, que estos famosos preceptos no son de fuente cristiana, sino anteriores. Balbuceados por las más antiguas religiones, han sido recogidos por todos los que constituyen en el tiempo y en el espacio, la suma de las creencias religiosas a las que los pueblos se han adherido. Estos preceptos son puramente humanos y sociales y las diversas religiones se han amparado y servido de ellos en la exacta medida de la influencia moral que ambicionaban ejercer.

Abusando de la ignorancia pública, el Cristianismo ha reivindicado la paternidad. Es una usurpación de que es fácil adquirir la prueba, compulsando las escrituras que poseen todas las religiones y en las cuales son inscriptas las palabras de verdad y los preceptos de moral que cada uno dice tener misión de propagar.

Mucho antes del Cristianismo, el Vedismo, el Brahamanismo, el Budismo y la religión de Confucio — para no citar más — han recomendado a sus adeptos el amor de sus semejantes.

Se puede razonablemente imaginar una religión que dijese a sus adeptos: "¡Os amáis demasiado, detestáos! ¡Os acariciáis demasiado, batíos! ¡Vivís en demasiada paz, haced la guerra!"

Se comprende bien que naciendo y desarrollándose en épocas de barbarie, de crueldad y de guerra incesante, estas religiones debían aconsejar el amor al prójimo y recomendar su práctica.

En resúmen, lo que importa, no es tanto la moral que enseña una religión como la aplicación que de ella hace. El Cristianismo se vanagloria de haber lanzado al mundo este grito de sublime fraternidad: "Amáos unos a otros". Es menos interesante saber lo que ha dicho que tener en cuenta lo que ha hecho. ¿Ha dado el ejemplo? ¿Hase conformado el primero al precepto? La historia nos dice que lo violó constantemente.

¿Se ha enmendado y, en el tumulto de los partidos que se destrozan, de los intereses que chocan, de las ambiciones encontradas, de las naciones que se combaten y de las pasiones que conducen a la exasperación de los odios, qué hace? ¿Interviene como mediador? ¿Se lanza entre los combatientes con el fin de moderar su ardor, de apaciguarlos, de reconciliarlos? Nada de eso. Es, por el contrario, uno de los más encarnizados en la lucha, a la que lleva una violencia terrible, una animosidad implacable, una pasión viva, en la que ha perdido toda prudencia y moderación. Se bate con un furor que llega al frenesí.

¿Qué ha hecho, qué hace de su famoso precepto: "Amáos los unos a los otros"?

No ignoro lo que contesta a los reproches y a las acusaciones que se le dirigen. El buen apóstol tiene la osadía de avanzar, con aspecto contrito y tono triste dice que si la tierra tiene el aspecto de un campo de batalla, sobre el que se degüella salvajemente, es precisamente porque los conceptos y la autoridad de la Iglesia son desconocidos y que bastaría que fuesen respetados y aplicados para que la humanidad viviese en concordia y fraternidad.

Esta impudicia sobrepasa todos los límites.

Durante siglos la Iglesia fué omnipotente. Era el dictado de los grandes y de los pequeños; estaba sentada en las gradas del Trono y reinaba sobre el pueblo; mandaba en los palacios y en los castillos y era obedecida en las cabañas y en las humildes viviendas; era, por la fe, dueña de las conciencias y, por la fuerza, disponía de las voluntades; no faltaba nada a su dominación. Y, sin embargo, las más profundas divisiones separaban a los hombres y la Iglesia no hacía nada para suprimirlas; reinaba de una casta a otra y en el seno de una misma casta, de una familia a otra, las más celosas rivalidades se manifestaban sin que ella interviniese como pacificadora; el orgullo, la ambición, la avaricia provocaban las más sangrientas guerras y participaba tan pronto en favor de unos como de otros.

Y cuando las excitaciones bellicosas se acallaban momentáneamente cuando el silencio sucedía por algún tiempo al tumulto de las revueltas y al estruendo de las batallas, este intermedio de calma, de orden y apaciguamiento aparentes, era debido a la simple represión de que la Iglesia era con mayor frecuencia la inspiradora y a veces el agente ejecutor.

En los tiempos en que todo se podía, la Iglesia no pudo aplicar practicamente su "Diligiti vos invicem", ¿quesignifica? ¿Sería razonable admitir que en el presente tenga la voluntad, y aunque la tuviese, la acompañe la fuerza para obtener su aplicacion?

Es una niñería o una hipocresía hacer oir desde el púlpito la palabra de paz: "Amáos unos a otros" y ordenar el respeto y el mantenimiento de las causas profundas de donde sale el grito de guerra: "Detestáos unos a otros".

Sería milagro que se amasen: los ricos que edifican su fortuna sobre la miseria de los pobres y éstos que quedan reducidos a la miseria por el mismo juego del Capitalismo; los gobernantes que dominan a los gobernados bajo la iniquidad de *sus leyes* y éstos que sufren tal tiranía y aspiran a su liberacion.

Es por lo que de nada sirve aconsejar a los hombres que se amen reciprocamente, cuando las condiciones de vida impuestas les impulsan a odiarse.

Las almas sencillas y los corazones tiernos que preconizan la vuelta a la moral cristiana buscan lo imposible; la experiencia rechaza y desmiente cruelmente su infantil concepción de bienestar y de libertad en un mundo dividido en patronos y obreros, en gobernantes y gobernados.

El patrón, según su sentimiento, no existe, no puede existir. ¿Que interes tendría en ser patrón si debiese participar de la suerte de aquellos que emplea y tratarlos como asociados, iguales, hermanos? No es patrón por el placer de serlo, sino por ganar dinero, mucho dinero, lo más posible, tanto para vivir con la mayor abundancia como para abrir el porvenir a sus hijos y dejarles a su muerte la más brillante situación. ¿Habría comprometido su capital en una empresa, consagraría a la prosperidad de aquella su actividad, sus relaciones y su competencia profesional, asumiría los riesgos y la responsabilidad para que el sirviente, el comisionista, el peón, el obrero, el empleado, viviesen con él bajo el mismo régimen de igualdad? ¿Sería ingeniero, habría hecho largos y penosos estudios, hubiera pasado exámenes y obtenido diplomas, adquirido conocimientos especiales, y estas ventajas no corresponderían a ningún provecho particular y no le valdrían privilegio alguno?

¡Qué locura!

Que sus obreros ganen razonablemente su vida, que reciban un salario que pueda satisfacer sus necesidades, las que deben ser modestas y sus gustos simples, pase todavía. Pero sería injusto pedirle más y si tuviese la debilidad, si cometiese la imprudencia y la falta de conformarse a los preceptos de la moral cristiana que se invocan, mejor sería que cesara enseguida de ser patrón, porque, a causa de la natural competencia, sería fatalmente arrastrado a la ruina.

El gobernante, según el corazón de estos ilusos, no existe tampoco, no puede existir. Un detentador de la autoridad que no abusara de ella y que diese tanta importancia a la libertad de sus subordinados como a la propia, sería un fenómeno, una especie de monstruo, como un ternero con dos cabezas o un cordero con cinco patas. Un legislador que, en la confección de las leyes, tuviese cuenta de los intereses de la clase opuesta, tanto como de los de la suya, un magistrado o un policía que, en la aplicación de la ley, no se hicieran culpables de arbitrariedad alguna, ni de injusticia, serían seres tan inverosímiles, como una virgen embarazada.

Está dentro de la naturaleza de la Autoridad el ser opresiva, como dentro del Capitalismo el ser explotador. El poder del Estado se mide por el grado de sumisión de los gobernados y la dominación de los gobernantes; la fuerza del capitalismo está acondicionada por los medios de explotación que posee y las posibilidades de enriquecimiento que resultan de los mismos.

Es por lo que, patronos y gobernantes, pueden ser los mismos o cambiar, sin que la suerte de los obreros y de los gobernados sea modificada. El problema social no es un problema de personas o de sentimiento. Colocad en el Poder a cualquiera; guardad a los patrones actuales o reemplazadlos; no habréis cambiado nada, mientras la cosa pública sea politicamente gobernada por el Estado y económicamente administrada por el Capital. El Poder y la Riqueza han [illegible] con frecuencia de manos; los resultados han sido identicos. Una de las fecundas numerosas de lo se llama vulgarmente "la política" es engañar a las masas populares, haciéndolas creer que remediarán los males que sufren, reemplazando a los gobernantes incapaces o despóticos de que se quejan por gobernantes liberales y competentes. En "lo económico", el engaño sería tan grosero, si se hiciese crecer a los proletarios que cesarían de ser explotados o lo serían menos, en caso que pudiesen cambiar los patronos avidos de hoy por otros menos corrompidos.

Para el despotismo de los amos politicos, cualesquiera que ellos sean, no hay más que un limite: el espíritu de rebeldía y la fuerza de resistencia de los gobernados; para la ambicion de los amos economicos no hay más que una barrera: el espíritu de resistencia y la fuerza de organización del proletariado.

No pidáis a los gobernantes que sean justos; no esperéis de los patrones que sean buenos. Unos y otros son por la fuerza misma de las circunstancias, lo que son, lo que es preciso que sean.

Son actores encargados de interpretar la obra. Inútil silbarlos y cambiar los intérpretes; es la farsa la que no vale. Precisa, pues, bajar el telón y cambiar el programa.

Sebastián FAURE

EL PROBLEMA DEL CONSUMO

Un problema apremiante, que se impone cada dia más, es el del continuo encarecimiento de los víveres y de la habitación, que hace siempre más dificel la vida de la clase obrera, no solamente en Italia, sino en todos los países del mundo.

Todavía hay paladines del sufragio universal que ven en las medidas legislativas y parlamentarias un remedio y esperan de la ley un dique al encarecimiento de los víveres y de los alquileres. "Contribuya el pueblo — dicen — a la formación de los organismos legislativos del Estado, y luego con buenas leyes se proveerá a todo". Pero basta la más superficial observación para encontrar infantil este razonamiento.

El sufragio universal existe desde hace bastantes años en muchas naciones del mundo civil; y sin embargo, en los países que tienen tal "suerte" el fenómeno de la carestía de los víveres se hace sentir tan agudo y penoso como en los otros.

Y después, la carestía de los víveres y de los alquileres es un mal inmediato, sentido por todos, y necesitaría una solución inmediata. Aun cuando el sufragio universal pudiese ayudar algo, siempre sería necesario esperar este algo por mucho tiempo. Hasta ese día los patrones de casa y los acaparadores de artículos de consumo tendrán tiempo de hacerse, si no lo son aun, millonarios, y los que carecen de techo y pan de morir de frío y de hambre.

Dado el sistema económico actual, además, aunque los diputados socialistas fuesen la mitad más uno en el parlamento, ellos no podrían nunca cambiar las leyes de la economía que rigen la institución de la propiedad y que son más fuertes que las mismas leyes escritas de los gobiernos, — a menos que no intervenga la acción o la revolución de abajo, la cual haría del todo inútil la obra de los señores diputados, o la anularía sobrepasándola.

* * *

¿Entonces debemos resignarnos al más espantoso recrudecimiento del malestar económico? No! por cierto... Aunque creemos que sólo la transformación radical de la institución de la propiedad anulará los tristes efectos del privilegio económico y hará desaparecer la miseria y el hambre, pensamos que también antes de la revolución las masas trabajadoras podrían oponer un dique a la avidez de los patrones y de los acaparadores. En los primeros meses del año 1898, en Italia, el pueblo consiguió con un movimiento espontáneo, si bien con el sacrificio de sus hombres mejores, imponer al gobierno la supresión inmediata del impuesto al trigo, a los municipios las medidas más prácticas contra la carestía y a los especuladores privados una disminucion de sus pesadas exigencias.

Cierto es que un movimiento semejante podría solo detener o disminuir la carestía de los víveres. El haría más, ciertamente, que las interpelaciones parlamentarias y las estériles ordenes del dia y podría aportar un alivio cuando el malestar hubiese llegado a un limite intolerable; pero sería siempre una solución inmediata con resultados transitorios. De aquí la cuestión de si habrá un medio, o varios, más normales con los que el obrero pueda conquistar mejores condiciones de vida como consumidor, así como consiguió conquistar mejores condiciones como productor, — en espera de que una transformación social más profunda resuelva una vez por todas el integral problema del pan y de la libertad.

¿Es posible, en una palabra, aplicar los conceptos y los métodos de la resistencia sindical a mejorar las condiciones económicas del obrero-consumidor, como ha ayudado a mejorar las del obrero-productor?

Se entiende que se trata siempre de un mejoramiento del todo relativo, es decir, en relación con las condiciones generales de la sociedad capitalista, las que no permitirán jamás una situación establemente buena de la clase trabajadora. Aun cuando en este terreno se consiguiese algo, la clase obrera se encontrará antes o después, obligada a otras conquistas, y a romper al fin el círculo de hierro del monopolio capitalista y del privilegio estatal, para la conquista definitiva de todo su derecho a lo que ella directamente produce.

Pero, desde el momento que el problema del consumo se plantea, por fuerza de las cosas, aun antes de que el curso de la evolución desemboque en la revolución, no está mal estudiar si la clase obrera puede intervenir en el juego y obtener alguna solución provisoria, sin perderse tras las ilusiones de la legislación social y de la mentira parlamentaria.

Es una cuestión escabrosa, nueva para muchos revolucionarios que hasta aquí se han limitado, tras la falsa regla reformista, a ocuparse intermitentemente en agitaciones estériles, a base de mítines y de protestas verbales.

Es, agrego, una cuestión también peligrosa, porque no siendo posible dividir en dos clases distintas a los consumidores, como se dividen los asalariados de los dadores de trabajo, se puede caer fácilmente en el error de la colaboración de clases, — en cuanto, en rigor de términos, no solamente los trabajadores, sino los ciudadanos de todas las clases son consumidores.

Por eso creo errónea la forma de organización de los consumidores como tales, de la que se tiene un ejemplo en Italia en las "ligas de inquilinos". Para librarse de tal error, me parece que la acción necesaria, para resistir al encarecimiento de los víveres y de la vivienda, o para impedirlo, debe ser desenvuelta siempre y únicamente por las organizaciones de resistencia, de modo que la acción de resistencia sea ejercitada por los trabajadores, sirviéndose de la fuerza que les viene precisámente del hecho de ser productores.

* * *

¿Pero entonces, se nos preguntará, se deberán aplicar los métodos de la resistencia, y especialmente la huelga, también para obtener la rebaja de los víveres y de los alquileres, así como se ha obtenido muchas veces el alza de los salarios?

¿Y por qué no? ¿No se ha dicho mil veces que los trabajadores, justamente porque lo hacen todo, todo lo pueden? ¿Por qué los obreros dedicados a la producción, confección y distribución no podrían imponer, con la huelga y otras fuerzas de resistencia, la rebaja de los alquileres y de los artículos de primera necesidad?

Esto ayudará en parte a impedir que el capitalista recupere demasiado pronto, y en medida demasiado grande, por un lado lo que ha concedido por otro; y en parte ayudará también a interesar en la lucha a la población que, de otro modo, sentiría más los perjuicios que los provechos de esta lucha.

Imaginad, para ejemplificar, que los obreros dedicados a la fabricación de pan se declarasen en huelga para imponer la disminución del precio de este elemento tan indispensable a la vida. Una huelga semejante recogería ciertamente las simpatías generales e inmediatas de todos, y tendría por consiguiente una probabilidad mayor de éxito. La organización de los obreros panaderos se haría benemérita ante todas las clases pobres y cumpliría una misión altamente benéfica y social. El egoismo de categoría sería superado, para dar lugar al ejercicio de una más alta y verdadera solidaridad humana.

No se me ocultan las dificultades de esta diversa aplicación de los métodos de lucha obrera. Una huelga demasiado parcial puede, con escasos resultados, influir sobre el costo de los víveres. En el campo del consumo, para tener resultados realmente tangibles, es necesario que su zona de acción sea infinitamente vasta, es decir, que se acerque más a la huelga general — general en toda una rama de la producción, general para una región, o general nacionalmente.

* * *

La acción sindical desenvuelta en tal sentido y transportada al terreno del consumo, en beneficio de los consumidores, ejercería una presión sobre los organismos de la burguesía, más o menos con los mismos efectos de todas las otras agitaciones obreras.

La burguesía cederá, mientras ceder le parezca más útil que resistir. Cuando no quiera ceder más, surgirá naturalmente para el proletariado la necesidad de vencer la resistencia de su antagonista, y de pasar más allá de ella. Será entonces, probablemente, el principio del fin del dominio de clase.

Como se ve, la utilidad de que los trabajadores dirijan su acción directa también en esta dirección, puede tener múltiples resultados, apreciables desde los más diversos puntos de vista.

El proletariado podrá ante todo conquistar todo lo que hay de conquistable, por poco que sea, en la órbita de las instituciones burguesas actuales. Además, la necesidad de movimientos siempre más vastos y complejos, para obtener resultados en el terreno del consumo, empujará y habilitará al proletariado a la huelga general revolucionaria, que será el acto inicial de la revolución. Tal acción ejercerá una influencia moral, de irradiación por la que la lucha obrera aparecerá siempre más benéfica a las masas desheredas. En fin, impidiendo más o menos a los patrones rehacerse en la distribución de lo que han debido y deberán conceder bajo forma de salario, destruirá este circulo vicioso en que hoy se debate el proletariado y pondrá de una buena vez al capitalismo con las espaldas contra el muro.

Entonces probablemente la evolución habrá terminado su trayectoria normal, y desembocará en la revolución. Los acontecimientos madurarán el pasaje de la historia humana a una civilización superior. El proletariado habrá merecido bien de ella; y cesando de ser proletariado para ser humanidad, su fin como clase significará su renacimiento en una vida más justa, más fraterna y más libre.

Luigi Fabbri

EL ESPIRITU MILITAR

II

(En una ciudad de guarnición alemana)

Un Hauptmann (frotándose las manos):

—Soy feliz, feliz. Al fin se ha declarado el estado de amenaza de guerra.

Un médico militar.—Te alegras?

Haupt.—Como todo buen alemán.

Méd.—Tú te alegras de la próxima masacre de nuestros buenos alemanes.

Haupt.—No se dirá de esos héroes que han muerto, se dirá que han caído en el campo del honor!

Méd.—Esa diferencia no me conmueve mucho.

Haupt.—No tienes alma de soldado, alma de germano.

Méd.—Se ha alabado, durante siglos, nuestra bonhomía y nuestro sentimiento sublime.

Haupt.—No se burlaban más bien de nosotros que alabarnos?

Méd.—El alemán tenía un corazón piadoso.

Haupt.—Nuestro corazón hoy desborda de legítimo orgullo y de coraje. Corazones de amos y de vencedores. Sé digno de la hora y de nuestra hegemonía. Sé un alemán de hoy en día.

Méd.—Prefiero más permanecer un hombre de siempre.

Haupt.—Siempre los hombres han hecho la guerra.

Méd.—Jesús...

Haupt.—No hablas de un hombre, hablas de un Dios.

Méd.—"Sed perfectos como vuestro padre celeste es perfecto".

Haupt.—Es un poco dificil.

Méd.—Sí, es más dificil realizar al hombre en su corazón y en sus actos, que embriagarse de gloria alemana y proclamarse un superhombre.

Haupt.—El hombre se reconoce en el coraje.

Méd.—Y mucho más en el amor, si creo a tu dios. El vino a la tierra unicamente para enseñar la fraternidad de todos los hombres.

Haupt.—Unicamente! ah, eso sí que no. "Dad al César lo que es del César". Lo que pertenece al César, nuestra obediencia entusiasta, nuestra vida, nuestra sangre...

Méd.—"Y dad a Dios lo que pertenece a Dios". ¿Qué reservas tú a Dios, tú que todo lo das al César?

Haupt.—Por el César me llegan las órdenes de Dios.

Méd.—Cuántas veces habló Jesús mal de los príncipes de este mundo!

Haupt.—Los que estaban contra él. Confundes lo particular y lo local con lo universal y eterno.

Méd.—"Bienaventurados los pacíficos".

Haupt.—Ah, ¿te propones hacerte pastor?

Méd.—Y esta palabra que me penetra como una espada: "El que a hierro mata a hierro muere".

Haupt.—Pero si nosotros la llamamos de todo corazón a la muerte gloriosa! Si tú prefieres la muerte del cobarde en su lecho...

Méd.—Ten la bondad de creer que no pienso en mí cuando la amenaza de Jesús me lastima. Temo que se dirija a las naciones tanto como a los individuos.

Haupt.—¿Dices?...

Méd.—Nuestra Alemania, hija de la guerra, tiemblo que no esté por perecer por la guerra.

Haupt.—Conoces mal nuestra fuerza. Alemania es invencible.

Méd.—Otras naciones fueron también invencibles... algún tiempo.

Haupt.—Alemania es inmortal...

Méd.—Nada humano es inmortal.

Haupt.—Los límites actuales de Alemania, arbitrarios y demasiado estrechos, van a estallar. Alemania conquistará sus límites necesarios. Entonces nadie podrá destruirla.

Méd.—*Debemur morti nos nostraque.*

Haupt.—Todavía con la Escritura!

Med.—No. Repito una frase de Horacio.

Haupt.—Entonces me permitirás que no la tome por palabras del Evangelio.

Méd.—Como escuchas tan bien al Evangelio...

Haupt. (riendo)—Toma, voy a hacerte la más enorme de las concepciones.

Si todos los hombres y todo lo que les concierne es prometido a la muerte, después del juicio final no existirá Alemania. Yo hasta entonces...

Méd.—Hasta entonces más de una nación sucumbirá a un juicio particular.

Haupt.—Ciertamente. Nuestro peso curvará a Francia hasta quebrarla.

Méd.—Francia solamente no es nuestra adversaria. La enorme e inmensa Rusia...

Haupt.—Enorme, como bien dices, e inmensa e invertebrada. Lenta como una lombriz y los Urales son una sierpe que la parten en dos. La enorme paralítica nos dejará el tiempo necesario para aplastar a Francia en forma definitiva. Después echaremos a los cosacos fuera de Europa.

Méd.—Hablas con una seguridad...

Haupt.—Los cálculos de nuestro Estado Mayor son matemáticos.

Méd.—Cuando las matemáticas se aplican a lo concreto ¿no les sucede nunca equivocarse?

Haupt.—Nuestros cálculos están hechos con un amplio márgen. Hacen lugar a los peores imprevistos, a lo inverosímil, iba a decir a lo imposible. Con un poco de suerte nos son necesarios ocho días para estar frente a París. Si todos los azares se ligan en contra nuestra necesitaremos quince. Con el poder de nuestros obuses de 420 — tú me dirás que tal! — dos días bastan para penetrar en la moderna Babilonia. Sin embargo yo seguiré el ejemplo de prudencia dado por nuestro glorioso Emperador y es solamente dentro de cuatro semanas bien contadas que yo te invito a cenar en el bulevar de los Italianos.

Méd.—¿En cuatro semanas dónde estarán los rusos?

Haupt.—¿Los rusos? Ante Viena, que defenderán penosamente contra las tropas austriacas.

Méd.—Profetizas como un vidente.

Haupt.—Di como un matemático.

Méd.—Cuántos profetas han sido desmentidos por los acontecimientos! ¿Y qué profetizan del otro lado de los Vosgos?

Haupt.—No sé nada y me río de lo que profeticen ellos.

Méd.—Si estalla la guerra es que el enemigo cuenta también con la victoria.

Haupt.—Demos gracias a Dios si los enceguece hasta ese punto.

* * *

(Dos meses más tarde, en las orillas del Aisne).

Méd.—Recuerdo tus palabras en víspera de la guerra y todo mi ser interior se sacude con una gran risa dolorosa.

Haupt. (estallando en una ruidosa carcajada y que, en efecto resuena, se prolonga y renace como un relincho)—Yo la dejo salir, mi vasta risa como el galope y el grito de llamada del padrillo en la manada.

Méd.—No calumnies a una risa que quisiera llorar. Es como la risa refleja con la cual Aníbal ante los Senadores indignados e incomprensivos, expresaba, más profundamente que con todos los sollozos, su desesperación patriótica.

Haupt.—Tú eres sordo si no oyes, al contrario, la alegría y la fanfarria del combate.

Méd.—Tu esfuerzo...

Haupt.—La alegría misma de la victoria estremece a menores profundidades. La victoria sería, ¡ahí tienes! el fin de la guerra. ¡Tanto más odio amasado, y de vida, y de energías en el corazón del vencido!

Méd.—Te vuelves loco?

Haupt.—Las más nobles exaltaciones toman, en las bocas vulgares, el nombre de locuras. Pero al generoso que no se deja reducir por los maestros del *buen sueño* y de la inerte sabiduría qué es lo que puede, a no ser la guerra, lanzarlo en su elemento y su alegría?

Méd.—Desdichado! la derrota....

Haupt.—La derrota, madre de las revanchas, vale mil veces más que la paz.

Méd.—Esta locura nietszcheana...

Haupt.—Es la verdadera sabiduría del soldado. Una larga vida somnolienta y que bosteza en un sueño triste, nosotros no queremos eso. Para el valiente, la vida se mide, no por su duración, sino por su intensidad. Qué es una vida sin emoción y sin fiebre? En verdad, he aquí dos meses que valen, solos, más que diez existencias.

Méd.—Estás aun ebrio del Champagne lejano?

Haupt.—No soy más bien yo mismo el Champage?

Méd.—Tú dices?

Haupt.—Hoy, que al villano no se le puede ya acuchillar, esclavizar y matar a placer, hoy, que no existe en la paz libertad para nadie, convenciones, leyes, incluso tribunales, comprimen demasiado dolorosamente a los hombres superiores. La guerra solamente hace saltar el tapón y yo me lanzo, al fin vuelto yo mismo, en una alegría burbujeante.

Méd.—Que babea, más bien.

Haupt.—En fin, el hombre eterno rechaza su compresión y salta en voluptuosidades sangrientas.

Méd.—Me causas horror.

Haupt.—Ah! matar sin ser llamado asesino, quemar sin ser arrastrado ante los jueces, desplegar libremente, entre el ruido de las exclamaciones, todo el vigor y la envergadura de su potencia! Dónde podrá manifestarse y desarrollarse una fuerza más magnificamente sino ante ante la belleza, el crepitar, el estremecimiento que sube de una vasta cortina de llamas y de incendio?

Esa catedral que se quema es mil veces más exaltante que todas las trompetas de la victoria.

Méd.—El más ínfimo de los artesanos que aportaron una piedra a esa gran obra me parece digno de envidia.

Haupt.—Paciente y lento apolíneo, ha preparado mis dionysiacas alegrías. Ha levantado el armazón del fuego de artificio en el cual gozan mis ojos y mi corazón. En las colisas de la historia él ha montado mi apoteosis.

Méd.—Como él maldecía a los vándalos, la historia nos maldecirá a nosotros.

Haupt.—Porque la historia no será sino compensación y demencia. El divino Zaratustra lo ha dicho: "El hombre ha sido hecho para la guerra".

Méd.—Sí, ya sé. Y la mujer para diversión del guerrero". Esas palabras absurdas, a la vez brutales y pobres...

Haupt.—Eres quizás tú, quien las comprende pobremente, si tienes la ingenuidad de tomar la palabra mujer en su propio sentido... Vé como es una maravilla de simbolismo y de riqueza. Ante la virilidad herguida del guerrero, es todo que se convierte en hembra; es todo que se convierte en temblor y admiración. Lo que Zaratustra llama mujer, — comprende bien — lo que está hecho para nuestra diversión — ensancha, vamos, tu corazón y tu deseo — es la tierra entera. No sientes tú que el celo de nuestra alma ha violado la catedral?

Méd.—Pero...

Haupt.—Escucha... El alerta... Corro a la alegría de matar, a la alegría, quizás, de morir, en la voluptuosa visión de sangre y de fuego que invaden, púrpura real, y conquistan el universo.

(Parte corriendo)

Méd.—Spapechaba hacía tiempo que lo que se llama espíritu militar tiene relaciones con la ducha y la camisa de fuerza.

HAN RYNER

La comuna de París y la revolución social

Conferencia pronunciada por Miguel Bakunin en mayo de 1871 ante los obreros del valle de Saint-Imier

PRIMERA CONFERENCIA

Compañeros:

Después de la gran revolución de 1789-1793, ninguno de los acontecimientos sucedidos en Europa tuvo la importancia y la grandeza de los que se desarrollan ante nuestros ojos y de los que hoy París es teatro.

Dos hechos históricos, dos revoluciones memorables habían constituído lo que llamamos el mundo moderno, el mundo de la civilización burguesa. Uno, conocido bajo en nombre de Reforma a principios del siglo diez y seis, había roto la clave de la bóveda del edificio social, la omnipotencia de la Iglesia; destruyendo esta potencia, preparó la ruina del poder independiente y casi absoluto de los señores feudales que, bendecidos y protegidos por la Iglesia, como los reyes y a menudo también contra los reyes, hacían proceder su derecho directamente de la gracia divina; y por eso mismo dió un impulso nuevo a la emancipación de la clase burguesa, lentamente preparada a su vez, durante los dos siglos que habían precedido a esa revolución religiosa, por el desenvolvimiento sucesivo de las libertades comunales y por el del comercio y de la industria que había sido al mismo tiempo la condición y la consecuencia necesaria.

De esa revolución surgió una nueva potencia, pero todavía no la de la burguesía, sino la del Estado, monárquico, constitucional y aristocrático en Inglaterra, monárquico, absoluto, nobiliario, militar y burocrático sobre todo el continente de Europa, menos en dos pequeñas repúblicas, Suiza y los Países Bajos.

Dejemos, por cortesía, a un lado estas dos repúblicas, y ocupémonos de las monarquías. Examinemos las relaciones de las clases, su situación política y social después de la Reforma.

A los mayores los honores; comencemos, pues, por los sacerdotes; y con este nombre de sacerdotes no comprendo solo los de la Iglesia católica, sino también los ministros protestantes, en una palabra, todos los individuos que viven del culto divino y que venden al Buen Dios tanto al por mayor como al detalle. En cuanto a las diferencias teológicas que los separan son tan sutiles y tan absurdas que sería una verdadera pérdida de tiempo ocuparse de ellas.

Antes de la Reforma, la Iglesia y los sacerdotes, al Papa a la cabeza, eran los verdaderos señores de la tierra. Según la doctrina de la Iglesia, las autoridades temporales de todos los países, los monarcas más poderosos, los emperadores y los reyes no tenían derechos más que en tanto que habían sido reconocidos y admitidos por la Iglesia. Se sabe que los dos últimos siglos de la edad media fueron ocupados por la lucha más y más apasionada y triunfante de los soberanos coronados contra el Papa, le los Estados

contra la Iglesia. La reforma puso un término a esa lucha al proclamar la independencia de los Estados. El derecho del soberano se reconoció como procedente inmediatamente de Dios, sin la intervención del Papa ni de ningún otro sacerdote, y, naturalmente, gracias a ese origen celeste, fué declarado absoluto. Es así como sobre las ruinas del despotismo de la Iglesia se erigió el edificio del despotismo monárquico. La Iglesia, después de haber sido ama se convirtió en sirviente del Estado, en un instrumento de gobierno en manos del monarca.

Tomó esa actitud no solamente en los países protestantes en los que, sin exceptuar a Inglaterra y principalmente por la Iglesia anglicana, el monarca fué declarado jefe de la Iglesia, sino también en los países católicos, sin exceptuar a España. La potencia de la Iglesia romana, quebrantada por los terribles golpes que había recibido de la Reforma, no pudo sostenerse en lo sucesivo por su propia fuerza. Para mantener su existencia tuvo necesidad del concurso de los soberanos temporales de los Estados. Pero los soberanos, se sabe, no dan su concurso en balde. No tuvieron nunca otra religión sincera, otro culto que los de su potencia y de sus finanzas, siendo estas últimas al mismo tiempo el medio y el fin de la primera. Por tanto, para comprar el apoyo de los gobiernos monárquicos, la Iglesia debía demostrarles que era capaz y que estaba deseosa de servirles. Antes de la Reforma había algunas veces sublevado a los pueblos contra los reyes. Después de la Reforma se convirtió en todos los países, sin exceptuar a Suiza, en la allada de los gobiernos contra los pueblos, en una especie de policía negra en manos de los estadistas y de los gobernantes, que tenía por misión predicar a las masas populares la resignación, la paciencia, la obediencia cuando menos, y el renunciamiento a los bienes y a los goces de esta vida, que el pueblo, decía, debe abandonar a los poderosos de la tierra, a fin de asegurarse los tesoros celestes. Vosotros sabéis que todavía hoy todas las Iglesias cristianas católicas y protestantes, continúan predicando en ese sentido. Felizmente son menos y menos escuchadas, y podemos prever el momento en que estarán forzadas a cerrar sus establecimientos por falta de creyentes, o lo que quiere decir lo mismo, por falta de gentes que se dejen engañar.

Veamos ahora las transformaciones que se han efectuado en la clase feudal, en la nobleza, después de la Reforma. Permaneció como propietaria privilegiada y casi exclusivista de la tierra, pero perdió su independencia política. Antes de la Reforma había sido, como la Iglesia, la rival y enemiga del Estado. Después de esa revolución se convirtió en la sirviente, como la Iglesia, pero como ésta, en una sirviente privilegiada. Todas las funciones militares y civiles del Estado, a excepción de las menos importantes, fueron ocupadas por nobles. Las cortes de los grandes y también de los más pequeños se colmaron. Los más grandes señores feudales, antes tan independientes y tan altivos, se convirtieron en criados titulados de los soberanos. Perdieron su altivez y su independencia, pero conservaron toda su arrogancia. Se puede decir que esta aumentó, pues la arrogancia es el vicio privilegiado de los lacayos. Bajos, rastreros, serviles en presencia del soberano, se hicieron más insolentes frente a los burgueses y al pueblo, al que continuaron robando, pero no ya en su propio nombre y por derecho divino, sino con el permiso y al servicio de sus amos y bajo el pretexto del más grande bien del Estado.

Este carácter y esta situación particular de la nobleza se han conservado casi íntegramente aun en nuestros días, en Alemania, país extraño y que parece tener el privilegio de soñar las cosas más bellas, más nobles, para no realizar sino las más vergonzosas y las más infames. La prueba está en las barbaries innobles, atroces, de la última guerra y en la formación reciente de ese repugnante imperio knuto-germánico que es incontestablemente una amenaza contra la libertad de todos los países de Europa, un desafío lanzado a la humanidad entera por el despotismo brutal de un emperador policía y soldado al mismo tiempo, y por la estúpida insolencia de su canalla nobiliaria.

Por la Reforma, la burguesía se había visto completamente libertada de la tiranía y del saqueo de los señores feudales, en tanto que bandidos y saqueadores independientes y privados; pero se vió entregada a una nueva tiranía y a un nuevo saqueo, desde entonces regularizados bajo el nombre de impuestos ordinarios y extraordinarios del Estado, por esos mismos señores convertidos en servidores, es decir, en bandidos y en ladrones legítimos, de Estado. Esta transición del saqueo feudal al saqueo mucho más regular y sistemático del Estado, pareció satisfacer primeramente a la clase media. Es preciso concluir que fué al principio para ella un alivio en su situación económica y social. Pero el apetito viene comiendo, dice el proverbio. Los impuestos de los Estados, primero bastante modestos, aumentaron cada año en una proporción inquietante, no tan formidablemente, sin embargo, como en los Estados monárquicos de nuestros días. Las guerras, puede decirse incesantes, que estos Estados, convertidos en absolutos, se hicieron bajo el pretexto de equilibrio internacional, desde la Reforma hasta la revolución de 1879; la necesidad de mantener grandes ejércitos permanentes, que desde entonces fueron la base principal de la conservación de los Estados; el lujo creciente de las cortes de los soberanos, transformadas en orgías permanentes, y donde toda la canalla nobiliaria, todos los lacayos titulados, encantada, acababa de mendigar pensiones de su amo, la necesidad de alimentar a toda esa multitud privilegiada que llenaba las más altas funciones en el ejército, en la burocracia y en la policía, todo eso exigió enormes gastos. Esos gastos fueron pagados, claro está, ante todo y primeramente por el pueblo, pero también por la clase burguesa que hasta la revolución fué, aunque no en el mismo grado que el pueblo, considerada como una vaca lechera sin otro destino que divertir al soberano y nutrir a esa multitud innumerable de funcionarios privilegiados. La Reforma, por otra parte, había hecho perder a la clase media en libertad, quizás el doble de lo que había ganado en seguridad. Antes de la Reforma, había sido generalmente la aliada y el sostén indispensable de los reyes en su lucha contra la Iglesia y contra los señores feudales y aprovechó hábilmente esas circunstancias para conquistar un cierto grado de independencia y de libertad. Pero desde que la Iglesia y los señores feudales se sometieron al Estado, los reyes, no teniendo ya necesidad de los servicios de la clase media, la privaron poco a poco de todas las libertades que le habían otorgado anteriormente.

Si tal fué la situación de la clase burguesa después de la Reforma, puede imaginarse cuál debió ser la de las masas populares, de los campesinos y de los obreros de las ciudades. Los campesinos del centro de Europa, en Alemania, en Holanda, en parte de Suiza también, es sabido, hicieron a principios del siglo XVI y de la Reforma un movimiento grandioso para emanciparse al grito de "¡guerra a los castillos, paz a las chozas!" Este movimiento, traicionado por la clase burguesa, y maldecido por los jefes del protestantismo burgués, Lutero y Melanchthon, fué ahogado en la sangre de varias decenas de millares de campesinos. Desde entonces, los campesinos, más que nunca, se vieron sumidos en la gleba, siervos de derecho, siervos de hecho, y quedaron en ese estado hasta la revolución de 1789-1793 en Francia, hasta 1807 en Prusia, y hasta 1848 en casi todo el resto de Alemania. En varias partes del norte de Alemania, y particularmente en el Mecklemburg, la servidumbre existe todavía hoy que hasta en Rusia ha dejado de existir.

El proletariado de las ciudades no fué mucho más libre que los campesinos. Se dividía en dos categorías: la de obreros que constituían parte de las corporaciones y la del proletariado que no estaba organizado de ningún modo. La primera estaba atada, sujeta en sus movimientos y en su producción por una multitud de reglamentos que las sometían a los jefes de las maestranzas, a los patrones. La segunda, privada de todo derecho, era oprimida y explotada por todo el mundo. La gran masa de los impuestos, como siempre, recaía necesariamente sobre el pueblo.

Esta ruina y esta opresión general de las masas obreras, y en parte de la clase burguesa, tenían por pretexto la potencia, la magnificencia del Estado monárquico, nobiliario, burocrático y militar. Estado que en la adoración oficial había ocupado el puesto de la Iglesia y era proclamado como una institución divina. Hubo, pues, una moral de Estado, completamente distinta de la moral privada de los hombres, o más bien completamente opuesta. En la moral privada, en tanto que no es viciada por los dogmas religiosos, hay un fundamento eterno, más o menos reconocido, comprendido, aceptado y realizado en cada sociedad humana. Este fundamento no es otro que el respeto humano, el respeto a la dignidad humana, al derecho y a la libertad de todos los individuos humanos. Respetarlos, he ahí el deber de cada uno; provocarlos, he ahí la virtud; violarlos, al contrario, es el crimen. La moral del Estado es completamente opuesta a esa moral humana. El Estado se coloca él mismo frente a sus súbditos como el fin supremo. Servir su potencia, su grandeza, por todos los medios posibles e imposibles, y contrariamente a todas las leyes humanas y al bien de la humanidad, he ahí la virtud. Porque todo lo que contribuye a la potencia y al engrandecimiento del Estado es el bien; todo lo que le es contrario, aunque sea la acción más virtuosa, la más noble desde el punto de vista humano, es el mal. Es por esto que los estadistas, los diplomáticos, los ministros, todos los funcionarios del Estado han empleado siempre el crimen, la mentira y la traición infame para servir al Estado. Desde el momento que una violencia es cometida al servicio del Estado, se convierte en una acción meritoria. Tal es la moral del Estado. Es la negación misma de la moral humana y de la humanidad.

La contradicción reside en la idea misma del Estado. No habiendo podido realizarse nunca el Estado universal, cada Estado es un ser restringido que comprende un territorio limitado y un número más o menos restringido de súbditos. La inmensa mayoría de la especie humana, por consiguiente, queda fuera de cada Estado, y la humanidad entera está repartida en una multitud de Estados grandes, medianos y pequeños, de los que cada uno, a pesar de que no abarca más que una clase muy restringida de la especie humana, se proclama y se sitúa como representante de la humanidad entera y como algo absoluto. Por eso todo lo que queda fuera de él, todos los demás Estados, con sus súbditos y la propiedad de sus súbditos, son considerados por cada Estado como seres privados de toda sanción, de todo derecho, y que tiene por tanto el de atacar, conquistar, masacrar, saquear tanto como sus medios y sus fuerzas le permitan. Sabéis, queridos compañeros, que no se llegó jamás a establecer un derecho internacional, y no se pudo hacerlo precisamente porque, desde el punto de vista del Estado, todo lo que está fuera del Estado, está privado de derecho. Así basta que un Estado declare la guerra a otro para que permita, ¿qué digo? para que mande a sus propios súbditos cometer contra los súbditos del Estado enemigo todos los crímenes posibles: el asesinato, la violación, el robo, la destrucción, el incendio, el saqueo. Y todos estos crímenes son considerados como benditos por el Dios de los cristianos, al que cada uno de los Estados beligerantes considera y proclama como su partidario con exclusión del otro, — lo que naturalmente debe poner en un famoso embarazo a ese pobre Buen Dios, en nombre del cual han sido y continúan siendo cometidos sobre la tierra los crímenes más horribles. Es por esto que somos enemigos del Buen Dios y consideramos esa ficción, ese fantasma divino, como una de las fuentes principales de los males que atormentan a los hombres.

Es por eso que somos igualmente adversarios apasionados del Estado y de todos los Estados. Porque en tanto que haya Estados no habrá humanidad, y en tanto que haya Estados, la guerra, los terribles crímenes de la guerra, y la ruina, la miseria de los pueblos, — que son las consecuencias inevitables, — serán permanentes.

En tanto que haya Estados, las masas populares, aun en las repúblicas más democráticas, serán esclavas de hecho, porque no trabajarán en vista de su propia felicidad y de su propia riqueza, sino en beneficio del poder y de la riqueza del Estado. ¿Y qué es el Estado? Se pretende que es la expresión y la realización de la utilidad, del bien, del derecho y de la libertad de todo el mundo. Y bien, los que lo pretenden, mienten tanto como los que pretenden que el Buen Dios es el protector de todo el mundo. Desde que se formó en la imaginación de los hombres la fantasía de un ser divino, Dios, todos los dioses y entre ellos sobre todo el Dios de los cristianos, ha tomado siempre el partido de los fuertes y de los ricos contra las masas ignorantes y miserables. Ha bendecido por medio de sus sacerdotes los privilegios más repugnantes, las opresiones y las explotaciones más infames.

Igualmente, el Estado no es otra cosa que la garantía de todas las explotaciones en provecho de un pequeño número de dichosos privilegiados y en detrimento de las masas populares. Se sirve de la fuerza colectiva de todo el mundo para asegurar la felicidad, la prosperidad y los privilegios de algunos, en detrimento del derecho humano de la totalidad. Es una instalación en que la minoría juega el papel de martillo y la mayoría el de yunque.

Hasta la gran revolución, la clase burguesa, aunque en un grado menor que las masas populares, había formado parte del yunque. Es a causa de eso que fué revolucionaria.

Sí, fué revolucionaria. Se atrevió a rebelarse contra todas las autoridades divinas y humanas y puso en discusión a Dios, a los reyes, al Papa. Se levantó especialmente contra la nobleza, que ocupaba un puesto en el Estado que ella ardía de impaciencia por ocupar a su vez. Pero no quiero ser injusto, y no pretendo de ningún modo que, en sus magníficas protestas contra la tiranía divina y humana, haya sido conducida e impulsada por un pensamiento egoísta. La fuerza de las cosas, la naturaleza misma de su organización particular, la habían impulsado instintivamente a apoderarse del poder. Pero como no tenía todavía conciencia del abismo que la separa realmente de las clases obreras a quienes explota, como esa conciencia no se había en modo alguno despertado aun en el seno del proletariado mismo, la burguesía representada en esa lucha contra la Iglesia y el Estado por sus más nobles espíritus y por sus más grandes caracteres, creyó de buena fe que trabajaba igualmente por la emancipación de todo el mundo.

Los dos siglos que separan las luchas de la Reforma religiosa de las de la gran revolución fueron la edad heróica de la clase burguesa. Poderosa ya por la riqueza y por la inteligencia, atacó audazmente todas las mistificaciones respetadas por la Iglesia y por el Estado. Lo minó todo primeramente por la literatura y por la crítica filosófica; lo transtornó todo por la rebelión abierta. Es ella la que hizo la revolución de 1789-1793. Sin duda no pudo hacerla más que sirviéndose de la fuerza popular; pero fué ella la que organizó esa fuerza y la dirigió contra la Iglesia, contra la realeza y contra la nobleza. Fué ella la que pensó y tomó la iniciativa de todos los movimientos que ejecutó el pueblo. La burguesía tenía fe en sí misma, se sentía poderosa, porque sabía que tras de sí, con ella, tenía el pueblo.

Si se comparan los gigantes del pensamiento y de la acción que salieron de la clase burguesa en el siglo XVIII, con las más grandes celebridades, con los enanos vanidosos célebres que la representan en nuestros días, se podrá convencer uno de la decadencia, de la caída espantosa que se produjo en esta clase. En el siglo XVIII era inteligente, audaz, heróica. Hoy se muestra cobarde y estúpida. Entonces, llena de fé, se atrevía a todo y lo podía todo. Hoy, roída por la duda, y desmoralizada por su propia iniquidad, que está más aun en su situación que en su voluntad, nos ofrece el cuadro de la más vergonzosa impotencia.

Los acontecimientos recientes de Francia lo prueban sobradamente. La burguesía se muestra por completo incapaz de salvar a Francia. Ha preferido la invasión de los prusianos a la revolución popular que es la única que podía operar esa salvación. Ha dejado caer de sus manos débiles la bandera de los progresos humanos, la de la emancipación universal. Y el proletariado de París nos demuestra hoy que los trabajadores son capaces de aquí en adelante de llevarla.

En una sesión próxima trataré de demostrarlo.